

## **La cultura, la historia y el oficio de historiador**

### *Culture, history and the office of the historian*

**MSc. Aida Mercedes Sera-Fernández**

*sera@ucm.grm.sld.cu*

**Universidad de Ciencias Médicas de Granma, Cuba**

#### **Resumen**

Las consideraciones expuestas apuntan a la persistencia de lo histórico y lo cultural en el marco de profusos y diversos problemas sociales, así como al valor teórico-metodológico de su relación para procurar un oficio de historiador más complejo, pero también más profundo y comprometido según las exigencias de la ciencia histórica contemporánea. El objetivo esencial es explicar la relación entre la cultura, la historia y el arte historiográfico a partir del análisis epistemológico de las categorías principales de cultura e historia para comprender, posteriormente, los nexos necesarios que demanda la responsabilidad del discurso historiográfico. La referencia al tema mantiene actualidad para la comunidad de historiadores y otros profesionales de las ciencias sociales, teniendo en cuenta la función social de la historia contada científicamente.

**Palabras claves:** historia, cultura, oficio de historiador.

#### **Abstract**

The exposed considerations aimed at the persistence of the cultural and historical in the frae of plentiful and diverse social problems, thus the theoretical and methodological value of its relation to procure a complex historian by trade, but also deepen and awkward according to the contemporary historical science. The main objective is to explain the relationship between culture, history and historiography art starting from of the epistemological analysis of the main categories of history and culture in order to understand the necessary links that the historiographical speech responsibility demands. The reference of the topic keeps updates for the community of historians and other social science professionals take into account of the social function of history told scientifically.

**Keywords:** history, culture, historical profession.

#### **Introducción**

El vínculo de los procesos internacionales en las postrimerías del siglo XX, en el orden de las relaciones económicas y políticas, condujo a la agudización de la crisis social que se advertía desde los vertiginosos y profundos cambios experimentados por la sociedad global después de la Segunda Guerra Mundial. En años posteriores el colapso del campo socialista y el aceleramiento de los esfuerzos ultrarreaccionarios para

perpetuar la cultura hegemónica del capitalismo a favor del reforzamiento de la hipótesis del fin de la historia y la apertura de la postmodernidad dejaron, en el escenario mundial, la impronta de las interpretaciones elitistas, selectivas, discriminatorias y excluyentes, además de la guerra cultural que aún golpea a las mayorías desposeídas.

Al final de la pasada centuria casi era un hecho dar por terminada toda la historia precedente, sus valores y sus paradigmas. La ofensiva que se había iniciado contra los métodos, el carácter y la existencia misma de las Ciencias Sociales se extendía al tipo de conocimiento que se había construido hasta ese momento: contra los análisis estructurales, la sistematización, la racionalidad y la legitimidad de las leyes que rigen el orden social se alzaron las voces en defensa a ultranza del sujeto, a la individualidad irreductible, al caos y al desorden (Torres Cuevas, 2012, p. 21).

Por consiguiente, la magnitud de los hechos y los procesos sociales actuales que ponen en riesgo, incluso, la existencia humana, se ha convertido en una premisa para el trabajo intelectual a favor de posibles y necesarias transformaciones. El análisis de la interdependencia entre el *trabajo intelectual*, en particular del historiador, y los conceptos de *historia* y *cultura* constituye uno de los temas derivados del debate científico y con plena vigencia en el quehacer profesional nacional y foráneo, razón que conduce a definir el objetivo esencial de estas notas: explicar la relación entre estas categorías específicas y el arte de historiar.

Con apego a determinados presupuestos teóricos marxistas y de algunos de sus seguidores, foráneos y nacionales, se proponen diversas consideraciones en torno a la persistencia de lo histórico y lo cultural en el marco de profusos y diversos problemas sociales, así como el valor teórico-metodológico de su relación para procurar un oficio de historiador más complejo, pero también más profundo y comprometido según las exigencias de la ciencia histórica contemporánea.

### **Desarrollo**

Se precisa de un acercamiento inicial a la relación entre la historia y la cultura a partir del referente teórico básico de que ambos enfatizan en el papel de la actividad humana como experiencia social en la que el hombre actúa como sujeto y objeto de su propia creación.

En torno a los pilares teórico-materialistas la historia puede definirse como una dimensión necesaria que permite comprender la conexión entre el modo de producción, las luchas de clases y el proceso de cambios y transformaciones de las sociedades en la evolución progresiva de la humanidad.

Marx y Engels afirmaron, en *La ideología alemana* (1966), que la historia “es la sucesión de diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerza de producción transmitidas por cuantos le han precedido” (1966, p. 47). Y no es que sea únicamente por los caminos de la economía y del determinismo a ciegas en lo que se sustenta esta concepción marxista. La ley que rige la marcha de la historia es la lucha entre las clases sociales, expresadas en todas las luchas históricas desarrolladas en cualquier terreno y condicionadas, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el carácter y el modo de su producción y de su cambio.

Engels, en su conocido trabajo *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1973), acotó que el factor decisivo en la historia es la producción y reproducción de la vida inmediata entendida de dos formas: una, la producción de medios para la existencia y, dos, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie, el desarrollo de la familia. Esta conclusión amplió la teoría de las clases y sus contradicciones en el marco de las sociedades antagónicas y constituyó un complemento a la armazón teórica que Marx había construido de la historia. La idea acerca de la impronta humana en el devenir histórico persistió al elaborar la crítica pendiente a Feuerbach, en la que señaló:

La historia del desarrollo de la sociedad define sustancialmente, en un punto, la historia del desarrollo de la naturaleza (...), dado porque en el primer caso, todos los agentes que intervienen son hombres de conciencia, que actúan con un fin propuesto y la resultante de esas voluntades, con disímiles influencias en el mundo exterior, es precisamente la historia (1973, p. 363).

Por su parte, Lenin afirmó que la historia se comprendía como “un proceso único y lógico, pese a su imponente complejidad y a todo su carácter contradictorio” (1961, p. 34).

Otra mirada a la historia es la que defiende el historiador francés Pierre Vilar, la que está centrada en el análisis de dos acepciones: como “materia del conocimiento” y como “conocimiento de la materia” (2012, p. 1). El primero de los significados sitúa la esencia de la historia en el mundo de las decisiones políticas o en el conjunto de mecanismos de la sociedad; es la memoria, los hechos pasados referentes al grupo humano organizado en un espacio y un tiempo determinados. En este sentido, la historia

también invoca una tradición, como si ese pasado hablara por sí mismo, rigiendo la actividad de los hombres a la manera de normas y valores éticos transmitidos de generación en generación y determinado por los intereses de clases que unen a esos hombres. Sin embargo, el análisis como conocimiento de una materia presenta a la historia como explicación del mayor número de hechos a partir de las relaciones que se establecen entre hechos de todo tipo. Desde este ángulo, la historia es experiencia, conocimiento social, disciplina o ciencia en sí. Se adopta como la producción de un pensamiento histórico que analiza, critica y debate concepciones, métodos y teorías.

En el orden de las Ciencias Sociales, la Historia tiene por objeto de estudio el pasado de la humanidad, la dinámica de las sociedades humanas, el devenir del hombre en el ámbito social, sus contradicciones y sus luchas de clases. Su objetivo, por tanto, no es hacer revivir el pasado, sino de comprenderlo e interpretarlo. Se trata de resituar los hechos históricos susceptibles de análisis científicos a partir de métodos y técnicas específicos de esta rama social.

De acuerdo a los presupuestos del marxismo-leninismo, la historia se interpreta como la evolución de las sociedades, condicionada por la relación de los factores objetivos y subjetivos, con orientación al progreso de la especie humana.

En cambio, la cultura, por su carácter global y polifacético, ha motivado en su itinerario histórico la recurrencia amplísima por una definición total de su esencia, cuyo quehacer ha estado signado por el desarrollo científico y el interés socioclasista, aspectos condicionantes de cada interpretación teórica reconocida. En los debates sobre las problemáticas sociales contemporáneas es relevante el discurso en torno al tema de la cultura, por ser una tarea científica y filosófica de actualidad que respalda la necesidad y el deber de estudiar e interpretar los procesos culturales concretos en que nos producimos y nos desenvolvemos, según destaca Alisa Delgado en su obra *Teoría de la Cultura* (s/a).

En opinión de no pocos autores, ningún otro fenómeno de las ciencias sociales ha provocado tanta divergencia de puntos de vistas, juicios y definiciones como el de cultura. Este resultado intelectual demuestra que la polifuncionalidad del concepto cultura es consecuencia de los múltiples matices que el propio fenómeno cultural expresa, elemento que amplía su uso más allá de las fronteras del saber social y humanista, extendiéndose al campo de las Ciencias Naturales y de otras ramas del conocimiento. Un breve recorrido por esta arista del pensamiento social permite destacar la lógica del desarrollo de la cultura en el ámbito de formulaciones teóricas y la relación con otras categorías sociales.

Acerca del origen del concepto cultura se conoce de su primera acepción como “cultivo de los campos” (del latín *cultus*, derivado de la voz *colere*, que significaba “cuidado del campo o del ganado”) y que adquiere facultad para mediados del siglo XVI, aunque no es hasta el siglo XVII que aparece en algunos textos académicos.

Con el advenimiento del Siglo de las Luces (XVIII) el término cultura se interpretó como “cultivo del espíritu” y, luego, como formación y estado de la mente humana, de los saberes y los conocimientos, como procesos distintivos de los seres humanos (Voltaire, Rousseau). El iluminismo la identificó con el término de civilizaciones, de valores de la burguesía, de refinación de las costumbres (Thompson, Kant) hasta la diferenciación entre los estratos sociales y las naciones (Herder). Los etnólogos y antropólogos sintetizaron a la cultura como un resultado del devenir histórico de la sociedad. Las definiciones descriptivas de Taylor la convirtieron en un objeto de la ciencia, o por la posterior reelaboración de su teoría según los criterios relativistas (Boas). Otras definiciones estructuralistas, simbólicas y antropológicas-simbólicas (Geertz) mantenían la tesis de la cultura como un sistema de símbolos, pero sin tener acceso a su contenido (Delgado, s.a.).

Con estos antecedentes, Marx puso atención a las cuestiones culturales, sobre todo por la relación con el resto de la estructura social, y propuso en su teoría que el dominio de lo cultural, cuyo núcleo era la ideología, no era más que un reflejo de las relaciones sociales de producción. Aunque en sus análisis consta la naturaleza de la cultura, no puede hallarse explícitamente un sistema de ideas que soporte el contenido del concepto, basta su síntesis filosófica de que la cultura es la segunda naturaleza creada por el hombre en virtud de su actividad (Cairo, 2007). En la teoría marxista se reafirmaron Gramsci y Althusser. El primero con su postulado sobre la hegemonía (cultura asentada en el poder), y el segundo, con el criterio de que la ideología era el componente esencial de la cultura y, a su vez, el reflejo de los intereses de la élite.

A partir de los criterios de Alisa Delgado, en *Síntesis sobre las posturas de los filósofos de la Escuela de Frankfurt acerca de la teoría de la pseudocultura* (s/a), es posible el análisis del concepto de cultura que interesa a los teóricos críticos europeos. En especial, para Adorno y Horkheimer, la cultura expresa la capacidad de progreso de la historia, donde el sentido último de esta se enraíza con el significado ilustrado de ampliación y perfeccionamiento de las facultades humanas. Entiéndase esta proyección como un vínculo entre la realización individual y social que trasciende lo cotidiano y la cultura popular y humanística, históricamente condicionada, factor que hace avanzar la sociedad y la historia. Para los historiadores estos presupuestos teóricos resultan muy interesantes, dada la oposición de la Teoría Crítica a la pseudocultura como el nuevo modelo cultural que se impone en la sociedad capitalista, donde el mercado de producciones ideológicas se incrementa y sedimenta. La cultura se adaptada a las necesidades de acumulación económica y financiera (Delgado, s.a.).

De los estudios culturales desarrollados en América Latina se asumen las valoraciones del filósofo e investigador Néstor García Canclini (2004), que tras el análisis de los resultados de las investigaciones antropológicas y sociológicas, consideró válido aceptar la definición de cultura en el ámbito de producción, circulación y consumo de significaciones, como una acepción a tener en cuenta dentro del contexto histórico

global, independientemente del enfoque sociosemiótico y la densa descripción que incluye. No obstante, García Canclini asegura que esta tesis permite aproximar, hasta cierto punto, el trabajo de varias disciplinas estableciendo una plataforma común para el estudio del problema cultural. De esta forma, la cultura se concibe como un nivel específico de toda práctica humana, designando la dimensión simbólica presente en la totalidad de las actividades del hombre, al tiempo que se afirma su imbricación en lo económico y lo social y se crea la posibilidad analítica de distinguirla. En ese mismo contexto, este autor analiza otro criterio desde los estudios chilenos. Se define la cultura como “proceso de producción y transmisión de sentidos que construyen el mundo simbólico de los individuos y la sociedad” (García Canclini, 2004, p. 225). La acepción anterior se ha acogido en mayor cuantía.

Del pensamiento cubano emergen los estudios culturales de Fernando Ortiz (2008), que definió la cultura como un esfuerzo de superación humana, como un sistema de nucleación entre los hombres, de organización funcional de las fuerzas, medios y fines colectivos. Entiende además, que la cultura “no es un lujo, sino una necesidad; no una contemplación, sino una cooperación copuladora de creaciones; no una neutralidad pasivista, sino una militancia activa; no una quietud ganada que se goza, sino una inquietud que hay que satisfacer sin cesar” (Báez, 2008, p. 45). Desde la posición materialista, Ortiz también aportó una de las más novedosas observaciones a la teoría cultural, cuando trataba de explicar la esencia de la cubanidad a través del “proceso de transculturación” que:

Expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra porque este no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *acculturación* sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una *parcial desculturación* y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse *neoculturación*. Al fin, (...) en todo abrazo de culturas sucede lo que en la cúpula genética de los individuos: la criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero también siempre es distinta de cada uno de los dos. En conjunto el proceso es una *transculturación* y este vocablo comprende todas las fases de la parábola (Ortiz, 1991, p. 90).

Fernando Ortiz interpretó la calidad de lo cubano como un “ajiaco”, representación del fenómeno social en el que convergieron los diversos factores de la sociedad, instituida hasta ese entonces, para conformar un ente autóctono, que pasó de la mezcla (transculturación) a la combinación donde se perdieron las características originales para dar lugar a una calidad nueva (culturación), en la que se destaca además, la autorrealización y autoconstrucción del propio ser del cubano. El alcance de su genialidad estriba además en haber sentado una pauta filosófica para los estudios antropológicos y sociológicos, en la búsqueda de un concepto de cultura que reflejara fielmente la función de este proceso histórico-social.

Similares concepciones son asumidas por Pablo Guadarrama al defender la idea de que “la cultura es la medida de la dominación del hombre de sus condiciones de existencia histórico-concretas”, e incorpora al contenido del término “el sentido de grado de libertad alcanzado o alcanzable por los individuos en cualquier sociedad” (2008, p. 11), sin obviar el papel que desempeña la lucha de clases. Este autor destaca la función reguladora de la cultura en el proceso de emancipación humana que permite descifrar las manifestaciones auténticas de cada individualidad, grupo o comunidad, para instituirse con rasgos específicos e históricos, que marcan las diferencias entre los pueblos, los factores esenciales que dan paso a las identidades y, al propio tiempo, al reconocimiento de la unidad con arreglo a la obligada diversidad.

La continuidad del pensar cubano respecto al tema de lo cultural se destaca en la concepción filosófica de Armando Hart Dávalos, ganada en el ejercicio de la práctica política y diplomática e impregnada del saber martiano y de la huella del pensamiento cubano y latinoamericano. En su interpretación, Hart afirma que la cultura es “como una segunda naturaleza, la creada por el hombre” (2003, p. 8), un fenómeno de la superestructura que expresa la conciencia colectiva y desempeña un papel progresivamente superior en la evolución de la sociedad, en tanto su vínculo con los principales problemas sociales y económicos constituye un factor decisivo en el mantenimiento de la identidad y las potencialidades vitales de los pueblos a favor del desarrollo económico-social. Considera que la verdadera naturaleza de la cultura está en la evolución histórica del hombre a partir de las posibilidades del trabajo “que en esencia, conformaron un hecho cultural de las civilizaciones” (Hart, 2004, p. 3). Resume que el valor primigenio de la cultura es la justicia, premisa para el surgimiento de las ideas éticas y legales necesarias en la convivencia humana (Hart, 2004, p. 5).

Son significativas, además, las opiniones de otros dos cubanos que abordaron, desde su oficio, el problema cultural: Joel James Figarola y Eduardo Torres Cuevas, ambos historiadores, ensayistas e investigadores. En James Figarola, la cultura se asume como una entidad que se realiza en la historia y la trasciende, al dibujar los contornos específicos de los hombres (agentes históricos), que al mismo tiempo son el resultado y el elemento activo de la cultura, la historia y la tradición (2001, p. 18). Comprendió el papel de la cultura en el proceso evolutivo humano para alcanzar la especificidad y al aplicarla al caso cubano advirtió: “Si perdemos nuestra cultura nos convertiremos en una masa indiferenciada, devorable por cualquiera, en cualquier circunstancia” (2001, p. 18).

Por su parte, Eduardo Torres Cuevas interpreta la cultura como una “elaboración filosófica en la que interactúan diferentes elementos, que en su complejidad transmiten una lógica temporal en sí y le da sus características al proceso estudiado” (2006, p. 333). Sus estudios, referentes al desarrollo de la ciencia histórica y al arsenal filosófico, han permitido conocer y divulgar las principales corrientes de pensamiento en la historiografía, la Sociología y otras áreas del saber social como un resultado del

desarrollo cultural y revelan la esencia de la cultura como cultivo de un medio natural, social y humano, forjador de un pueblo, expresión de la singularidad universal (Torres Cuevas, 2006, p. 8). Este investigador intenta hacer entender la cultura como raíz, como reflexión.

De forma general, este recorrido por los estudios sociales realizados en torno al fenómeno cultural permite incluir y compartir determinadas consideraciones acerca del enfoque socio-histórico que amerita el tema.

El análisis teórico de la cultura, desde la perspectiva del materialismo histórico, posibilita definirla como una categoría metodológica de la Sociología o una categoría histórica, como un fenómeno histórico general dada su especificidad e historicidad, como una forma del desarrollo social del hombre, como la esencia universal e histórica de la humanidad o como una cualidad o rasgo específico de todo el conjunto de las relaciones sociales sin pretender negar su carácter objetivo y clasista.

En sentido recíproco y complementario, lo histórico incorpora en su materia de conocimiento lo cultural, por la continua interacción de los elementos de las economías, de las sociedades y de las civilizaciones, en los inicios como mitos y después, en crónicas y memorias, que se definen como fuentes reveladoras de la comunicación humana (Vilar, 2012, p. 9). También, una parte importante de la historia se conserva en fotos, documentos, mapas, textos que guardan testimonios y resultados de investigaciones históricas; además de la herencia urbanística, en la arquitectura, la literatura y en otras artes, así como en la prensa escrita, documentales y filmes. Estos objetos que se destinan a almacenar los conocimientos y a la conservación de lo sucedido forman parte consustancial de la cultura de los pueblos.

Y no es solo la riqueza material de lo vivido lo que emerge de la relación entre historia y cultura. Un aspecto muy importante es lo que se interpreta de esas fuentes sobre las circunstancias y los móviles de actuación de los hombres, sus normas morales, sus experiencias, sus ideales y tradiciones, estos últimos de gran peso en la psicología y la ideología social, lo que a su vez impulsa y reafirma los rasgos identitarios de una nación o comunidad humana, sin desestimar e ignorar el papel de las mentalidades. Para la historiografía marxista actual la intervención en este campo puede resultar a menudo decisiva.

Como apunta Graziella Pogolotti (2010, p. 10), la dimensión cultural “se reconoce en el entramado de las mentalidades, en el imaginario popular, en los valores implícitos, en las celebraciones, las costumbres, en todo aquello que la memoria borra y preserva”.

Es esta una observación obvia y necesaria desde el punto de vista de la naturaleza de los conceptos, pero, ¿cómo entender la relación de la cultura con la historia en el contexto de las Ciencias Sociales?

La Historia, al poner de relieve las distintas formas de movimiento de la sociedad, desentrañando las complicadas vías por las que ha transcurrido la humanidad en su

desarrollo, no puede existir sin penetrar la esencia misma de los fenómenos en estudio, mediante la revelación de las leyes interiores que los rigen. Como una de sus tareas, la ciencia histórica debe explicar cómo se reflejan y configuran en las relaciones sociales los distintos modos de satisfacción de las necesidades humanas. Entendido así, la ciencia histórica no puede aislarse del progreso cultural de la humanidad, no admite la negación y la interpretación unilateral de los fenómenos sociales. Por el contrario, como baluarte del saber científico en el orden social, estudia las leyes sociológicas generales descubiertas por el marxismo y las regularidades históricas que en grado sumo sobresalen en los prolíferos análisis de la sociedad.

El historiador reconoce en los procesos históricos el conjunto de valores culturales de una sociedad o de un grupo social según el estado de correspondencia obligatorio de las relaciones de producción y el nivel de las fuerzas productivas, así como la interrelación entre la base económica y la superestructura, por solo citar dos de estas leyes que le permitirán explicar de forma objetiva los datos que estudia. Y ahí está la huella de *Annales* y su teoría de la historia total, concepción que se entrecruza con el marxismo porque defiende el criterio de la comprensión única e integral de la sociedad dada la estrecha relación entre sus componentes.

En el quehacer historiográfico, la teoría de la totalidad propone conseguir una perspectiva holística, posibilitando que el hecho histórico se muestre en diferentes planos, desde la dimensión sincrónica (espacio) y la dimensión diacrónica (tiempo). Esta premisa explica la existencia de los sesgos espaciales (historia continental, local, nacional, universal), temporales (cronologías, arcontologías y tiempos históricos) y temáticos (historia sectorial, microhistoria) que según el registro de la Historia se entiende como una producción cultural.

La actividad del investigador histórico, al tiempo que se apoya en la herencia cultural, proporciona nuevos valores a la realización humana, pues al tender un puente al pasado, el científico da vida al hecho pretérito y reafirma el día actual como continuidad del ayer, tesis que sostiene el principio de la contemporaneidad.

En materia de ciencia la Historia ocupa su estudio en hechos que vinculan la vida cotidiana de los hombres a la dinámica de las sociedades donde se desenvuelven, empleando para ello métodos, procedimientos y técnicas que permiten explicar los modos de satisfacción de las necesidades humanas objeto de análisis.

Otro elemento que se destaca dentro de la labor del historiador es el apego al principio del partidismo científico, lo que establece una dependencia entre la posición sociopolítica del historiador y el grado de objetividad y de acercamiento a la verdad en su valoración del proceso histórico. Se trata de un condicionamiento de la conciencia humana, que entre otras interpretaciones, define el respeto por la profesión y más allá, por los valores creados por la humanidad.

La teoría, entendida como el instrumento básico del historiador, ayudará a encontrar el sentido de la indagación y la comprensión del pasado histórico. El discurso historiográfico, sobre todo al abordar los problemas de la cultura material y espiritual en el contexto regional y local, debe ser despojado de la manera positivista tradicional, establecer nexos estrechos de cooperación con otras disciplinas de las ciencias sociales y crear una conciencia metodológica en el campo de las técnicas y los procedimientos de trabajo. Los estudios regionales deben brindar mayores fundamentaciones a los presupuestos nacionales.

Tomarse en serio la profesión, no mirar el beneficio posible que se pueda obtener de ella y evitar la violación de las reglas redundará en preservar la subsistencia de la cultura de un pueblo. Los historiadores, por tanto, enfrentan un reto de tremenda responsabilidad: “procurar responder a la pregunta de qué nos puede decir el pasado en relación con el presente o con el futuro” (James Figarola, 2001, p. 146).

### **Conclusiones**

La Historia, desde los tiempos de Heródoto y Tucídides, ha tenido un desarrollo orgánico autóctono, vinculado de manera directa a la práctica profesional en constante renovación, cambios y reajustes del ensamblaje teórico-metodológico ante los altibajos que han enfrentado los estudios históricos, los que han obligado a reflexionar y a ocupar posiciones verdaderamente creadoras y progresivamente más científicas a la par del desarrollo sociocultural.

En correspondencia con el panorama político y social actual que pone en riesgo el progreso cultural de la humanidad, unido a las urgencias y las exigencias historiográficas, el oficio del historiador, como el resto de los científicos sociales, encara la responsabilidad de asumir un comportamiento ético respecto a la profesión y la misión dentro de la sociedad.

Los procesos culturales que hoy se presentan en el escenario nacional e internacional sitúan a los historiadores entre inquietudes e incertidumbres que le imponen nuevas y significativas interpretaciones que permitan revitalizar el papel sintetizador de la cultura en la Historia, como el metabolismo humano hace síntesis de los elementos necesarios para la acción, el funcionamiento y la generación de la vida social.

### **Referencias bibliográficas**

1. Báez, L. (2008, 8 de abril). La cultura no es un lujo, sino una necesidad. Periódico *Granma*. Cuba, p. 3.
2. Cairo Ballester, A. (2007). Contra el pahispanismo. De José Martí a Fernando Ortiz. *Temas*, no. 50-51, 95-99.
3. Delgado Torres, A. (s.a.). *Teoría de la cultura*. Departamento de Filosofía, Universidad de Oriente (Monografía).

4. Delgado Torres, A. (s.a.). *Síntesis sobre las posturas de los filósofos de la Escuela de Frankfurt acerca de la teoría de la pseudocultura*. Departamento de Filosofía, Universidad de Oriente (Monografía).
5. Engels, F. (1973). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. En Marx, C. y Engels, F., *Obras Escogidas* (tomo 3) (pp. 203-352). Moscú: Editorial Progreso.
6. Engels, F. (1973). Ludwig Feuerbach y el fin de la Filosofía Clásica Alemana. En Marx, C. y Engels, F., *Obras Escogidas* (tomo 3) (pp. 353-395). Moscú: Editorial Progreso.
7. García Canclini, N. (2004). Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina. En: Basail Rodríguez, A. y Álvarez Durán, D., *Sociología de la cultura* (tomo 2) (pp.223-228). La Habana: Editorial Félix Varela.
8. Guadarrama, P. (2001). *Humanismo en el pensamiento latinoamericano*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
9. Hart Dávalos, A. (2003). Julio Antonio Mella (conferencia). En Torres Cuevas, E., *Dos siglos de pensamiento de liberación cubano* (pp. 5-12). La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea.
10. Hart Dávalos, A. (2004). ¿Qué es la cultura? Revista *Honda*, 11, 3-5.
11. James Figarola, J. (2001). *Alcance de la cubanía*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
12. Lenin, V. I. (1961). Carlos Marx. En: *Obras Escogidas* (tomo 1) (pp. 21-52). Moscú: Editorial Progreso.
13. Marx, C. y Engels, F. (1966). *La ideología alemana*. La Habana: Edición Revolución.
14. Marx, C. y Engels, F. (1973). Prólogo a la Contribución a la crítica de la Economía Política. En Marx, C. y Engels, F., *Obras Escogidas* (tomo 1) (pp. 340-341). Moscú: Editorial Progreso.
15. Ortiz, F. (1991). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
16. Pogolotti, G. (2010). *Política y cultura en Cuba: revisar la historia*. Recuperado de <http://www.temas.cult.cu/catalejo/politica/Graziella%20Pogolotti.pdf>
17. Torres Cuevas, E. (2003). *Dos siglos de pensamiento de liberación cubano*. La Habana: Ediciones Imagen Contemporánea.
18. Torres Cuevas, E. (2006). *En busca de la cubanidad*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
19. Torres Cuevas, E. (2006). *Historia del pensamiento cubano* (volumen 1, tomo 2). La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
20. Torres Cuevas, E. (2012). (Coordinador). *La historia y el oficio del historiador*. La Habana: Imagen contemporánea.

21. Vilar, P. (2012). Iniciación al vocabulario del análisis histórico. En *La historia y el oficio del historiador* (pp. 1-19). La Habana: Imagen contemporánea.